

Los invitados. Apuntes microsociológicos sobre historias de amor gay de los años 90

Ernesto Meccia -ernesto.meccia@gmail.com

Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires. Facultad de Humanidades y Ciencias, Universidad Nacional del Litoral.

Recibido: 09-08-2022

Aprobado: 01-11-2022

Resumen: En este trabajo quiero mostrar cómo era posible gestionar las historias de amor gay en los años noventa en la ciudad de Buenos Aires, es decir, en un momento en que nacía la narrativa de "salir del armario" y, en general, los homosexuales no lo hacían de manera voluntaria. Para este objetivo utilizo dos conceptos sociológicos: "secreto" y "discreción". Ambos conceptos pertenecen a la microsociología y son útiles para ver la dinámica del amor gay entre parejas homosexuales y sus familias, en concreto, para estudiar las interacciones y la comunicación interpersonal. Finalmente, presento una reflexión sobre las diferencias entre generaciones cuando hablamos de amor gay.

Palabras clave: amor gay – salida del closet – narrativa – secreto – discreción – interacción social – comunicación interpersonal – generación.

Abstract: In this paper I want to show how it was possible to manage gay love stories in the nineties in Buenos Aires city, I mean: in a moment when the "coming out of the closet" narrative was born and, generally gay people didn't leave the closet voluntarily. For this objective, I use two sociological concepts: "secret" and "discretion". Both concepts belong to microsociology and are useful to see the gay love dynamic among gay couples and their families, specifically, to study the interactions and interpersonal communication. Finally, I present a reflection on the differences among generations when we talk about gay love.

Key words: gay love – coming out of the closet – narrative – secret – discretion – social interaction – interpersonal communication – generation.

“Ellos finjen que no saben, yo finjo que les creo”

Entrevistada (60 años) a Andrea Lacombe¹

1. El amor gay, la salida del closet y la cuestión generacional

En este escrito me propongo reflexionar sobre la gestión cotidiana del amor gay en un contexto específico: cuando la “salida del closet” representaba un hito biográfico que pocos jóvenes gays se animaban a transitar voluntariamente. A través de la presentación de dos relatos de historias de amor vividas en la ciudad de Buenos Aires en la década del 90 revisaremos desde un punto de vista sociológico las nociones de “secreto” y “discreción”, haciéndolas comparecer con el punto de vista de los actores. Ambas nociones hacen alusión a la “gestión” de una relación amorosa dentro de un contexto social hostil. Valga esta puntualización ya que lo que se leerá a continuación trata más de eso y menos del amor gay en sí mismo.

La “salida del closet” o la “salida del armario” son metáforas que refieren a un proceso paulatino de comunicación de la identidad sexual a distintos auditorios, que tiene como objetivo el logro de la interacción social sobre la base de la autenticidad, y no sobre el secreto y el ocultamiento. La salida del closet en los “hechos” fue el correlato de la aparición de una “narrativa” inédita de liberación y orgullo que, a partir de los años 70, comenzaron a agitar los movimientos políticos gays y también a circular por los medios masivos de comunicación. Esta narrativa era muy distinta a la de la “liberación sexual” y a la de los “movimientos homófilos”² anteriores.

¹ La antropóloga Andrea Lacombe estudia de la salida del closet de lesbianas. Demuestra lo problemático que suele ser para las mujeres maduras y se refiere a una “ética de la reserva”. Sobre una entrevistada dice lo siguiente: “Cuando le pregunto a una entrevistada de la ciudad de Río de Janeiro si su familia de origen sabe que ella mantiene relaciones sexo-afectivas con otras mujeres me contesta con una frase que tal vez ayude a resumir esta ética de la reserva: “Ellos finjen que no saben y yo finjo que les creo”. (ver LACOMBE, 2016)

² Para el historiador Juan Carlos Vázquez Parra, el término “homófilo” fue una idea de Karl Güther Heimsoth, con el objeto de lograr una nueva comprensión de la homosexualidad que acentuara más el amor y menos el sexo:

Una de las características más marcadas de lo que sería esta segunda ola fue la tendencia a modificar los estereotipos preconcebidos que se tenían acerca de la homosexualidad, cuyo mayor énfasis se situaba en la relación y la amistad entre varones que en el homoerotismo, la promiscuidad, el sexo, la desviación y la enfermedad mental. Para conseguir este cambio, los activistas de la época buscaron que las personas homosexuales fueran aceptadas e incluidas como miembros respetables de la sociedad, a través de amplios programas de divulgación científica sobre la homosexualidad que tenían la intención de mostrarle a la sociedad que las

En términos generales, la narrativa nos informaba acerca de la vida de una persona que en un determinado momento comenzaba a sentir efervescencia sexual y afectiva con personas de su mismo sexo y que por ello entraba en un estado de confusión que, probablemente, fuera una forma desplazada de negar que era gay, visto el peso de la condena social.

Asumir aquello que se “era”, en consecuencia, aparecía como un acto de valentía y un ejercicio de sanidad mental.

La narrativa era liberacionista en su contenido e imperativa en su tono; partía de premisas fundacionalistas de un yo auténtico en gran medida infalsables: había que sacar afuera lo que uno tenía adentro para que el alma no siguiera oprimida, había que mostrarse ante el mundo tal cual como uno era porque esa visibilidad le quitaba poder a quienes querían oprimir, había que resistir públicamente desde la identidad que era atacada, había que terminar con toda clase de presunción de heterosexualidad. Con estas premisas el sujeto quedaba equipado de herramientas cognoscitivas para empezar a transitar un proceso sinuoso (para nada acumulativo) que terminaba con la liberación del yo del otro yo y de la sociedad que lo sojuzgaban (Plummer, 1995; Meccia, 2014, 2021; Savin-Williams, 2006).

Así como toda narrativa es un emergente históricamente situado de la que pueden señalarse sus condiciones de producción; la recepción y la apropiación concreta de sus contenidos por parte de sus destinatarios también está sujeta a ciertas condicionalidades. En consecuencia, si pensamos en el conocimiento y el uso de la narrativa de la salida del closet, tal vez lo más ventajoso sea pensar desde una perspectiva generacional, asumiendo que la generación de pertenencia (cierto que junto a un conjunto de otros factores) sería una variable de gran peso.

Acaso nos convenga pensar en 3 recortes generacionales. Se podría sostener que a) los gays nacidos en los años 40, 50 y 60 fueron los primeros usuarios (o por lo menos quienes por primera vez se enteraron) de la existencia de esta narrativa, que aterrizó en Argentina en los años 80 y tuvo fuerte popularidad a partir de los años 90; b) que sus predecesores no conocieron la idea de “orgullo gay” y que probablemente por ello nunca supieron que estaban adentro del tenebroso armario que había esculpido el

diferencias entre homosexuales y heterosexuales era una cuestión menor y de carácter puramente privado. (ver Vázquez Parra 2020).

heterosexismo; y c) que, inversamente, se podría proponer que los jóvenes gays del día de hoy, *millennials* y *centennials* (muchos de ellos nativos digitales) nacidos en los años 90 y los primeros años del siglo XXI, se encontraron con esta narrativa disponible en esa gran caja de herramientas que es la cultura.

Respecto del grupo “b” (los predecesores) importa resaltar el carácter nuevo de la narrativa y, entonces, traer la pregunta de cuáles habrán sido las expectativas de vida de los gays en ausencia de la misma, entre ellas, las relativas al amor. Por ejemplo, el escritor Leopoldo Brizuela (2017) se preguntaba, refiriéndose al escritor y editor Abelardo Arias y al artista plástico Anteo Savi: “¿qué ideales concretos los impulsaban en una época anterior a la glorificación de la “salida del closet”? Ambos estuvieron vinculados sentimentalmente (fueron “compañeros de vida”, podríamos decir, para operar una distinción con la noción posterior de “pareja”), y en los años 50 fueron los fundadores de “Tirso” la primera editorial abiertamente homosexual de América Latina. Ni uno ni otro hablaron jamás de su relación que, sin embargo, era una de las más resonadas dentro del ambiente homosexual letrado. Brizuela esperaba que futuras investigaciones traigan respuestas a este enigma: cómo mantener una relación sentimental combinada con un impulso militante cuando la visibilidad de ese amor y el orgullo por una orientación sexo-afectiva aún no eran “objetos de pensamiento”, al decir de Alfred Schutz ([1962] 1974).

La estimulante pregunta acerca de cómo las generaciones pretéritas podían representarse y gestionar una historia de amor sin la legitimación de la visibilidad que suponía la narrativa de la salida del armario, también parece estar en este párrafo de la autobiografía del ensayista Juan José Sebreli:

Es preciso saber qué significaba “estar de novios” en aquellos años cincuenta: yo iba a esperarlo a la salida de su trabajo en la oficina de River en el Centro, él me acompañaba hasta la puerta de mi casa en el barrio de Constitución, a veces me visitaba o escuchábamos viejos discos de pasta de cancionistas: Libertad Lamarque, Elvira Ríos, Sarita Montiel. Los domingos por la tarde paseábamos e íbamos al cine y luego a una confitería. Nos regalábamos libros con largas dedicatorias. (...). El sexo entre nosotros, como correspondía a aquellos años, era secreto, en su casa de la calle Garay, cuando no estaba su madre. (2005: 204)

Para tener una idea nítida del grupo “c” (los jóvenes gays del día de hoy, nacidos a partir de los años 90) es aconsejable leer las contribuciones de Maximiliano Marentes (2019 a, 2019 b). Estudioso del amor gay, el sociólogo hizo un estudio de abordaje cualitativo con entrevistas en profundidad a varones gays de entre 18 y 33 años que viven en el Área Metropolitana de Buenos Aires, en el que se propuso demostrar las “especificidades” del amor gay. Apunta que son tres: primero, el amor gay es cruzado (no siempre negativamente) por la hipersexualización del mundo gay; segundo, en esta clase de vínculos existen formas singulares de construcción de la igualdad y la desigualdad entre los integrantes de las parejas; y tercero, es específico que “el amor gay destroza el armario” (sic), es decir, precipita (desde adentro o desde afuera) la revelación de la orientación sexo-afectiva:

De allí se deriva la primera de las especificidades del amor gay: el salir del closet. Por la forma que adquieren los lazos sociales en sociedades como la Argentina, donde las familias tienen un lugar específico como parte de la tradición mediterránea (Sívori, 2004), el asumirse para el círculo íntimo es una prueba que los varones gays enfrentan. Pero esa prueba no suele darse en soltería, sino que se sale del closet, o a veces lo sacan, cuando existe, incluso virtualmente, un partenaire. (2019 b: 230)

Por último, indicamos que en este escrito, a partir de dos relatos de historias de amor, trabajaremos pensando en el grupo “a” (los primeros usuarios o, al menos, los primeros destinatarios de la narrativa de la salida del closet), es decir, gays nacidos en los años 40, 50 y 60. Nos resulta atractivo indagar cómo estaba presente (si estaba) la narrativa de la salida del closet como telón de fondo para gestionar una relación de pareja ante los otros significativos cuando la gestión predominante estaba marcada a fuego por el secreto y la invisibilidad. Nos interesa ese momento intermedio, posterior al que vivieron los gays en los que pensaban Brizuela y Sebreli y anterior a los jóvenes gays estudiados por Marentes.

2. Los invitados, invitación tras invitación

Sergio tiene 62 años. Nació en 1960 en Ramos Mejía, en el Gran Buenos Aires. Su padre era arquitecto y su madre ama de casa. Me cuenta que la suya fue, desde siempre, una familia “acomodada”, refiriéndose a la clase social. En 1988, yirando por la avenida Santa Fe de la ciudad de Buenos Aires conoció a Jorge, quien fue su pareja

durante 4 años: “la pareja más importante que tuve”. Los padres de Jorge eran médicos; la mamá trabajaba en el Hospital Rivadavia y el papá atendía en un consultorio particular. Vivían en un amplio departamento en Barrio Norte, cerca de la avenida donde conoció a Sergio.

EN: ¿Qué podrías contarme? ¿Cómo era estar de novio en los años 80? ¿De qué te acordás?

E: La relación mía con Jorge fue rara para la época, dentro de todo tuvimos suerte porque después de un tiempo de salir los padres de Jorge me invitaron a cenar y después ya podía quedarme en su casa. Pero si querés recuerde cómo era tener una relación con alguien en aquellos años yo pienso enseguida en la calle, en la ciudad, porque la gente en la casa no podía hacer nada. Eran amores sin techo, a no ser que tuvieras la suerte de alquilar. Mirá: antes de Jorge tuve otra pareja; ni él ni yo nos animábamos a ir a la casa de alguno. Éramos muy chicos, no llegábamos a los 25 años. Nos llamábamos por teléfono y arreglábamos para encontrarnos temprano en Avenida Corrientes, te digo tipo 3 de la tarde los sábados, y bueno, empezábamos a caminar y caminar hasta que se hacía tarde. Lo único que hacía falta era tener plata para pagar unas cuantas coca colas y algún hotel donde nos dejaban entrar. Entonces, suponete: íbamos desde Callao y Corrientes hasta el Obelisco y ahí hacíamos una parada en una confitería. Después agarrábamos para la Torre de los Ingleses y tomábamos algo en la estación de trenes. Y después caminábamos hasta la Facultad de Derecho, de ahí a un hotel de Once y después cada uno a su casa. Caminar me gustaba mucho, con Jorge también lo hacíamos bastante. Eso era para mí la sensación de estar de novio: caminar por la ciudad con tu pareja y sentarse a tomar algo. Obvio todo muy tapado. La gente ni idea de que estábamos saliendo. (Sergio, 62 años)

Cuando Sergio conoció a Jorge había terminado sus estudios de Contador Público en la Universidad de Buenos Aires mientras que Jorge había discontinuado sus estudios de Letras en la misma universidad. Sergio cuenta que un día la mamá de Jorge le preguntó a Jorge quién era la persona con la que últimamente hablaba por teléfono y si era la misma que ella había atendido más de una vez: dónde vivía, qué hacía, si era un compañero de la facultad. Un día Jorge le dijo a Sergio que empezara a pasar a buscarlo por su casa y así fue introduciéndose en el campo visual de sus padres. Fue una entrada sigilosa, aclara Sergio, ya que “no hacíamos nada en la casa”, incluso cuando empezó a quedarse a dormir.

Para Sergio la sensación de estar de novio se incrementó el día en que los padres de Jorge lo invitaron a cenar. Sergio me cuenta que durante la cena los anfitriones le

hicieron una especie de largo reportaje, preguntándole sobre muchas cuestiones relativas a su persona y a su familia y que en el amable cuestionario no había preguntas ni sobre su presente ni sobre su pasado sentimental. Los papás de Jorge eran personas cálidas –dice Sergio- pero recuerda que ver al padre sentado en la cabecera de la mesa (“me acuerdo que se ponía una bata oscura y venía en pantuflas pero el doctor para mí era una autoridad”) le daba un cierto temor que el transcurrir de aquella velada, sin embargo, demostró que no era el sentimiento adecuado tanto como sus premoniciones, que no encontrarían posibilidad de corroboración.

E: Yo me sentía habilitado para salir con Jorge. Si yo era un invitado era porque estaba todo bien.

EN: ¿Y vos pensás que ellos sabían que ustedes eran pareja?

E: Sí y no... no sé. Nunca preguntaron pero yo creo que sí. (Sergio, 62 años)

Una tía de Jorge (hermana de la mamá) tenía una casa quinta en Pilar y Sergio fue otra vez un invitado especial. Todo estaba arreglado: el sábado Sergio podía llegar temprano a la casa de Jorge, pasaban la tarde, cenaban, dormían; luego pasaban el domingo en Pilar, y si se les hacía tarde y el invitado no podía regresar a su casa en Ramos Mejía en un horario conveniente no importaba: estaba otra vez invitado a cenar y pernoctar en Barrio Norte.

La mayor parte de la relación de Sergio y Jorge devino en estas circunstancias, más o menos 4 años, entre fines de los 80 e inicios de la década del 90. Sergio la rememora de forma tal que dibuja una imagen de la familia de Jorge parecida a una cápsula protectora de una relación que el afuera no protegería de ninguna manera. Recuerdo que en *Estigma. La identidad deteriorada* ([1963] 1989), Erving Goffman habla de la “unión estructural” que suele articular la relación entre estigmatizados y estigmatizables con su círculo más íntimo; unión estructural cuya función sería la de aislar en una burbuja voluntaria a los posibles hostigados de más hostigamientos. Tal vez por eso, la cuestión de que la protección haya corrido paralela o haya tenido como condición la negación a la nominación del vínculo que unía a los dos jóvenes sea rápidamente desestimada por Sergio como una variable significativa de la historia.

Al contrario, en Sergio queda la representación de la protección en sí misma más allá de cualquier descripción que se pudiera hacer, en parte por los mandatos de la

época y en otra porque la protección primero fue oficiada por los padres de Jorge pero luego se amplió de una manera inesperada a otras personas (“Te vas a reír”):

Para mi cumpleaños me hacían regalos que no hace la gente que no lo quiere a uno. Y todo era muy de aquellos años. Te vas a reír. Pero mis viejos les mandaban saludos a los viejos de Jorge y los viejos de Jorge a mis viejos. Nunca se conocieron pero eran como de la familia. Cuando falleció papá, el papá de Jorge me invitó a cenar y en la mesa, en un momento, se levantó y nos trajo la llave de la casa que tenían en Miramar y nos dijo que teníamos que hacer un viajecito juntos para descansar porque papá había estado muy enfermo, también para que hablemos de la vida y para que Jorge me haga compañía. Qué pensaría el papá de Jorge de mí todavía me lo pregunto. Porque mucha gente me dice que no parezco gay. Puede ser, pero de algo tendría que haberse dado cuenta. Yo creo que era cortina, que todo el mundo bajaba la cortina para no tener ante los ojos lo que había visto. Y eso queda en uno. Es la marca de nuestra generación. (Sergio, 62 años)

Sergio piensa, en efecto, que ambas familias “bajaron la cortina” pero que el ocultamiento más sustantivo de la relación fue responsabilidad de él y de Jorge. En el momento de nuestro encuentro (2020) hablaba con el lenguaje de la salida del closet el cual, probablemente, no haya manejado “bien” o no le haya resultado convincente durante todo el tiempo que estuvo con Jorge (aproximadamente 4 años a partir de 1988). Da a entender que, en comparación con ellos, las familias habrían hecho su salida del closet con anterioridad y con más intensidad, claro que con las limitaciones del momento. Siente que no pudo compensar con su propia salida la actitud abierta que tuvieron aquellos padres y por eso manifiesta tener una “mancha en el curriculum” que, cree, nunca podrá sacar.

Como nota metodológica, me llamó la atención este tramo auto-culpabilizante del relato referido a la salida del armario que contrasta con el resto del relato lleno de anécdotas extraídas de las plácidas interacciones de la pareja con sus familias. Tal vez esto se deba a la vigencia del carácter imperativo de la idea de salir del armario y a que el entrevistado haya visto en mí a una especie de representante universitario de tal filosofía de vida. Aunque es probable que en mi ausencia la evaluación negativa, tantos años después, haya tenido lugar de todas maneras.

En efecto, suele decirse que el ejercicio de la memoria implica una pizca de invención. En este caso parece cierto: Sergio, desde su presente, utiliza la narrativa de la salida del closet como un parámetro desde el cual evalúa como insuficientes sus

comportamientos de hace más de 30 años. Esta “verdad narrativa” (Vasilachis 2017) acaso sea tan significativa como el hecho de que, en su momento, tal vez, Sergio no haya vivenciado el silencio en torno al noviazgo de esa manera.

EN: Sergio: ¿vos dirías que tu amor con Jorge fue secreto?

E: Decir secreto es mucho, demasiado. No sé... fue otra cosa. Dependía en dónde: en la calle seguro que sí pero en casa de Jorge y con mis viejos era otra cosa. (Sergio, 62 años)

En 1990, el doctor Marcelo (hoy de 63 años) fue a una peluquería de la Avenida Santa Fe de la ciudad de Buenos Aires. Le cortó el pelo Nito (61 años, el narrador de esta historia), quien anteriormente había probado sin suerte poner una peluquería propia en un local que alquilaba a una vecina en Castelar, en el Gran Buenos Aires.

Nito me cuenta que ni bien se vieron con el doctor supieron que algo importante iba a suceder. Mientras le cortaba el cabello las miradas se cruzaban en el espejo con excitante pudor. Pero esa vez no sucedió nada: Nito no iba a pedirle el teléfono ni a hacer ninguna insinuación en su lugar de trabajo (una autocensura bastante característica de la época) ni el doctor hizo otra cosa que quemarlo a intervalos regulares con su mirada en el espejo. Pero cuando volvió al mes siguiente a cortarse le pasó tímidamente el teléfono.

En una época la pelu cerraba los domingos, después empezó a estar abierta toda la semana y me daban un día franco que los dueños podían cambiar. La primera vez que salimos fue un sábado. Lo llamé a Fabián, un amigo que vivía solo en Caballito y le dije si podía ir después del trabajo a bañarme y arreglarme un poco para ir a ver al doctor. Quedamos en encontrarnos en Babieca. Y también le pregunté a Fabián si podía dormir en el departamento si no pasaba nada con el doctor. (Nito, 61 años)

Nito me cuenta que cuando entró a la confitería Marcelo ya lo estaba esperando, y que esto era un signo de su carácter formal, una característica que demostró en múltiples aspectos durante la relación que duró casi 6 años. Nito andaba buscando alguien con ese estilo. Empezó la primera conversación, tan parecida a un reportaje de averiguación de antecedentes personales y familiares. Duró poco. Marcelo propuso irse, Nito pensó que irían a bailar a Contramano, pero no: lo invitó a dar una vuelta en auto. Nito estaba encantado. Terminaron durmiendo en el departamento del doctor, quien al

día siguiente le dijo que le gustaría tener algo serio. “Serio” en el sentido de probar con una relación alejada de los circuitos gays.

A Marcelo no le gustaba para nada el ambiente, menos los boliches. Tampoco le gustaban los pubs. Se ponía re incómodo con algunos amigos porque el doctor era cero pluma. A él le gustaba andar en auto y decía que no se podía perder un día domingo, que había que levantarse temprano, poner todo en una conservadora y agarrar la ruta. Y a mí no me costó acostumbrarme, al contrario, me gustaba; era medio mandón y amargo pero me gustaba porque era re serio, te hacía sentir todo el tiempo que estabas en pareja con él. (...). Era un chongo soñado, activo solamente. (Nito, 61 años)

Nito me cuenta que con Marcelo sobrepasó los límites del grado de formalidad, al menos, del grado que había conocido en muchas parejas de amigos. En poco tiempo, la dinámica de la relación estaba ritualizada: llamadas telefónicas todas las noches a la casa de Nito, Marcelo esperándolo en el auto todos los sábados en la esquina de la peluquería, Marcelo tomando la ruta los domingos no sin antes preparar todo lo necesario para hacer un *pic nic* por Zárate, Campana o Chascomús. Nito estaba feliz con la capacidad de iniciativa del doctor aunque eso lo arrancaba de la casa de sus papás en Castelar en el único día libre que tenía en la semana. Parece que el doctor le dijo que eso no podía ser un problema y que si quería podían ir los cuatro juntos al paseo dominical. A Nito la propuesta le pareció impracticable, ya que sus padres se darían cuenta de que estaban saliendo, y no estaba en su horizonte contarles que era gay; es más: el solo pensamiento de esa posibilidad le traía insoportables imágenes de impudor.

Un domingo la lluvia arruinó los planes pero Marcelo le dijo que había un plan alternativo: Juana y don Osvaldo (sus padres) querían conocerlo y los habían invitado a almorzar; Juana haría pasta con estofado. Juana era enfermera y Osvaldo trabajaba como encargado de un edificio. Habían venido a Buenos Aires desde Tucumán en busca de una mejora en la posición social. Estaban orgullosos con el título de médico que había logrado Marcelo.

E: A mí me parecía raro que nos inviten a los dos pero los papás eran muy macanudos.

EN: ¿Y qué más te pareció la invitación?

E: Algo raro pero lindo, fuerte, más en los 90. Era como cuando un artista joven va por primera vez al programa de Mirtha Legrand, ya quedabas en otro lugar. (Nito, 61 años)

El almuerzo estuvo muy bien, tanto que se extendió hasta la merienda que incluía cosas dulces que también había cocinado Juana. Hablaron de muchos temas, ninguno relacionado con la relación de Nito y Marcelo ni nada por el estilo. Nito es muy bueno en la cocina y eso le dio mucha oportunidad de conversación con Juana. Por otra parte, como un hermano de don Osvaldo había sido trabajador ferroviario toda la vida, y el oficio era el mismo que había tenido el papá de Nito, la conversación se nutrió con facilidad de anécdotas medio nostálgicas. Almorzaron muchas veces más. También compartieron vacaciones en un mismo chalecito que alquilaban cerca de Punta Mogotes, en Mar del Plata. Y a don Osvaldo le gustaba que Nito le cortara el cabello en el comedor.

Teresa y Ramón eran los padres de Nito. Teresa era desde hacía mucho tiempo ama de casa y Ramón se había jubilado del ferrocarril. La notoria ausencia del hijo (único) durante los fines de semana sumada a los llamados telefónicos de Marcelo (que se alimentaban de intercambios cada vez más fluidos cada vez que atendían Teresa o Ramón) no desembocaron en ninguna pregunta sobre el vínculo de Nito con Marcelo pero sí en una demanda o, mejor dicho, en una invitación: que el doctor venga a comer a Castelar, Ramón era de los mejores asadores. Y así apareció un domingo en la casa de Nito, donde las conversaciones giraron de lo más animadas en torno a anécdotas del mundo ferroviario pero, especialmente, en torno a enfermedades propias y de familiares y en cómo cuidar la salud.

Mis viejos no preguntaban por el doctor pero yo siento que no les mentí porque nunca se los oculté. Lo adoraban. Mamá nunca lo tuteó. Le decía “el doctorcito”. Me acuerdo que cuando llegaba, antes de empezar la picada, Marcelo les tomaba la presión a los dos en el patio, mientras papá vigilaba el fuego. Era lo primero que hacía. (Nito, 61 años)

Nito me cuenta sobre una tarde dramática en casa de Juana y Osvaldo. Súbita y tranquila, Juana tomó la palabra y les preguntó a Nito y Marcelo si eran pareja, que ella y Osvaldo necesitaban saberlo y que estaba todo bien. Nito sintió un nudo en el estómago cuando Marcelo contestó afirmativamente. De vuelta al departamento del doctor, le dijo que no tenía pensado para nada hacer lo mismo con sus padres, que quería mucho a Juana y a Osvaldo pero que la situación lo ponía en un lugar incómodo de retribución del gesto. Nito estaba atemorizado y le dijo a Marcelo que, de alguna

manera, su mamá se había desubicado. Marcelo lo tranquilizó: en casa de Nito nunca se hablaría del asunto, a menos que él lo autorizara.

Marcelo sentía que tenía un asunto pendiente: que Teresa y Ramón conocieran a Juana y Osvaldo. Un día llamó a Teresa porque sabía que no era fácil sacarla de su casa. Los invitó a almorzar a la casa de sus padres. Teresa, previsiblemente, le dijo que tomarse el tren el fin de semana era complicado, que el servicio eléctrico del ferrocarril Sarmiento no andaba nada bien y que para colmo las frecuencias estaban más espaciadas. Además no tenían coche. Entonces Teresa le dijo al doctorcito que dijera a sus papás que estaban invitados a Castelar, que los esperaban por la tarde, ella haría algo dulce. Nito:

Vinieron esa vez y otra más. No sabés la cara de Marcelo. Estaba como en la gloria. Llegaron tipo 4 de la tarde. Mamá había hecho dos bizcochuelos y ellos habían traído facturas. Había como para 3 días. Y después siempre se hablaron por teléfono, por ahí más del lado de Marcelo. Para las Fiestas, para los cumpleaños y después cuando empezaron los problemas de salud de don Osvaldo. (Nito, 61 años)

Me cuenta Nito que pasaron toda la tarde sentados a la mesa y que los recuerdos del mundo ferroviario, las recetas de cocina y la cercanía de la jubilación fueron los temas predominantes. Apunta también que en esos intercambios prevalecía el trato de “usted”: los papás de Nito no tuteaban a Marcelo, entre los padres de Nito y Marcelo no se tuteaban.

E: Más adelante Marcelo quiso que vivamos juntos pero yo no quería dejar la casa de mis viejos. No sé, me parece que era como posesivo y no entendía que soy hijo único. Las cosas se fueron enfriando y terminamos. Bien. Tuve más parejas y siempre las llevé a casa. Yo quería que ellos supieran con quién estaba. Si me hubieran preguntado si era gay yo se los hubiera dicho.

EN: Nito: ¿vos dirías que tu amor con Marcelo fue secreto?

E: Nunca ocultamos nada, así que no.

(Nito, 61 años)

3. Hay secretos que nunca vuelven al armario

La frecuencia y la modalidad de las interacciones sociales de las dos parejas de jóvenes gays que hemos presentado (en Buenos Aires a fines de los años 80 y principios de los 90) nos llevan a interrogarnos y a interrogar el concepto sociológico de “secreto”.

Podríamos partir de una definición clásica y fuerte, que encontramos en Georg Simmel. Para el autor, todas las personas tenemos asuntos que ocultar. Sin embargo, ello no constituye por necesidad un secreto; forma parte, sencillamente, del plano de la privacidad. En realidad, corresponde hablar de “secreto” cuando quien oculta algo comienza a ser acechado por un revelador real y/o imaginado. Es en esa situación cuando la persona se cierra sobre sí misma y clausura la entrega de información hacia el exterior, lo cual, más allá de las intenciones del revelador, puede funcionar como un eficiente mecanismo de defensa. Leemos en Simmel:

Pero la intención de ocultar adquiere una intensidad muy distinta cuando frente a ella actúa la intención de descubrir. Prodúcese entonces esa disimulación y enmascaramiento tendenciosos, esa defensa agresiva frente al tercero, que es lo que propiamente suele llamarse secreto. El secreto en este sentido, el disimulo de ciertas realidades, conseguido por medios negativos o positivos, constituye una de las grandes conquistas de la humanidad. (Simmel, [1908] 2014: 387).

Veamos como Simmel no propone un análisis del contenido del secreto, lejos de ello, entiende que con independencia de los contenidos, el secreto inaugura una forma de relación social; una exhortación analítica que desde la sociolingüística también nos trae Francisco Javier Gallego Dueñas:

El secreto no es literalmente una cosa, no es un lugar, es una manera de relacionarnos que tenemos los humanos. Desde el punto de vista sociológico lo podemos definir como una práctica social en la que un actor o actores, en una determinada situación, evitan, limitan o modifican la comunicación de algo (acción, pensamiento, sentimiento) a otro actor o actores, durante cierto tiempo, haciendo uso de ciertas tácticas, es decir, suponiendo un esfuerzo. (2013: 3)

Sin embargo, por lo que hemos visto en las dos historias de amor gay, pareciera que necesitamos complejizar más la noción de secreto y traer otros conceptos de cercanía.

Salvo Juana durante aquella tarde en que preguntó a Nito y Marcelo si eran pareja no tendríamos exactamente, ni de un lado ni del otro, una intención de ocultar producto de la intención contraria de revelar. Ello no quiere decir que no estemos ante un secreto, sí tal vez, que estemos ante un secreto de baja intensidad o en los límites inferiores de un secreto. Pero falta decir algo más.

Nótese la cantidad de información vinculante transmitida por las familias (tan fuertemente simbolizada por la figura de la “invitación”), súmesela a la cantidad de tiempo que aquellos jóvenes permanecían junto a ellas, y contrástense estos hechos con el silencio en torno al vínculo que unía a Sergio con Jorge y a Nito con Marcelo. Desde un punto de vista sociológico allí teníamos un secreto, sin duda, pero sobre todo teníamos “discreción” (Simmel, [1908] 2014; Goffman, [1963] 2009).

Para estos autores, aproximadamente, la discreción es una acción social por omisión: es discreto o ejerce la discreción quien se abstiene de preguntar sobre aquello que –se intuye– los otros no quieren revelar o sobre aquello de lo que prefieren no hablar. Así, el discreto sería casi la contrafigura del revelador.

A partir de ahora teorizo libremente.

Se puede ser discreto por preservación: el yo quiere mantener una imagen socialmente aceptable. En efecto, si los temas de las preguntas por hacer son controversiales, dramáticos o directamente tabú, el acto de pasar al habla podría manchar al preguntador y a su círculo (algo que parece sugerir la expresión popular “de eso no se habla”, pongamos por caso, en “mi” familia). Pero también se puede ser discreto por compenetración o compasión: una persona puede advertir qué es aquello que la otra persona no revela, y sabe que eso representa un problema para ella porque sabe que carga con un problema socialmente pesado, y especialmente sabe que preguntar lo pondría en un penoso estado de avergonzamiento que agrandaría su tormento, que preguntar sería una falla empática, que sería mejor esperar otro momento, otro contexto, otra situación. O sea: se puede ser discreto para aliviar un estado de ánimo adverso (o al menos para no empeorarlo) y también para dar a entender al otro que es objeto de respeto: si mi interactuante se manifiesta “hasta aquí” yo no debo ir “más allá”, debo respetar los límites que él se impone haciéndolos míos. Pensar que en ciertos contextos de interacción preguntar por la verdad no ofende representa una falla empática significativa.

Resulta por demás atrayente pensar en el secreto y estas dos formas de la discreción frente a la cuestión gay y al amor gay por el tiempo en que tuvieron lugar las historias de Sergio con Jorge y de Nito con Marcelo. Sobre el final de cada conversación pregunté *ex profeso* a cada uno si consideraban que el suyo había sido un amor secreto

y las respuestas fueron casi negativa en un caso y negativa en el otro y ello a pesar de que “nunca preguntaron”, como dijo Sergio y “no preguntaban”, como dijo Nito.

Si pensamos desde el punto de vista de los novios acaso podamos proponer que confiaban en la discreción de los padres, que sus historias de amor se desarrollaron al cobijo de un silencio protector. Pero ahora podríamos preguntarnos por las razones de la discreción de los padres y conjeturar se vuelve más arriesgado: tal vez en aquellos años en que la narrativa de la salida del closet estaba recién aterrizando en el imaginario social y la homosexualidad seguía siendo en gran medida una abstracción atemorizante, los padres hayan alternado entre momentos de discreción por preservación (de una imagen convencional) y momentos de discreción por compenetración, siendo los últimos los más predominantes. Quizás este conocido aforismo de Friedrich Nietzsche sirva para caracterizar el mayor motivo de discreción de los padres de aquellos novios gays: ser discretos para no avergonzarlos... y probablemente también para no avergonzarse.

- ¿A quién llamas tú malo?
 - Al que siempre quiere avergonzar
 - ¿Qué es lo más humano?
 - Ahorrarle a otro la vergüenza.”
- ([1882] 2014: 480)

Tanto el secreto como la discreción envuelven una paradoja: ambas acciones son negativas (el secreto implica negar información; la discreción supone no ir más allá de los límites que trazan los interactuantes) y al mismo tiempo son acciones positivas visto que no son estados no-comunicativos estancos sino, al contrario, son estados regulados de comunicación.

Mario Pecheny (1994) inspirado en Andreas Zempleni (1984) escribió que el secreto (más tarde o más temprano) tiende a resquebrajarse y muchas veces por iniciativa de quien lo posee. Dependiendo del contexto y de los interactuantes, el poseedor puede “comunicarlo” a alguien, confiarlo y de ese modo establecer un lazo social directo. La comunicación en este caso es de tipo verbal expresa. Otras veces el secreto se resquebraja voluntariamente por medio de otro tipo de comunicación que Zempleni llama “secreción”, es decir, a través de un conjunto de signos-síntomas que pueden ser expresiones verbales y/o corporales indirectas, miradas, composición de la

cara, demostraciones cinéticas y lenguaje corporal en general, entre otros. Algo así como un goteo del secreto.

Los ecos de Erving Goffman son notorios. Años antes ([1959] 2009) había escrito sobre el par conceptual “expresión dada” y “expresión emanada”, entendiendo por la primera al conjunto de expresiones verbales a las que el individuo y su auditorio atribuyen un mismo sentido; y por la segunda a un amplio rango de acciones que el auditorio puede tomar indirectamente como sintomáticas del actor. De esta manera, el secreto va alentando acciones positivas. Por otro lado, y como consecuencia de las secreciones (o emanaciones), puede ocurrir que los límites de la discreción se corran, que los interactuantes se sientan de alguna manera autorizados a saber más a medida que las secreciones se van acumulando sin temor a invadir la privacidad de los interactuantes. Y aquí la discreción desplazada es una acción positiva porque funcionaría como una demostración de interés genuino y reconocimiento.

Si volvemos a los relatos de nuestras historias de amor y las pensamos en su dimensión familiar, la secreción aparece bastante nítida como la principal modalidad comunicativa: nada fue revelado expresamente y casi todo fue revelado indirectamente, secreción tras secreción. Quiero decir: invitación tras invitación. Lo más interesante, si comparamos con la producción académica, es que en los relatos no hay sólo una direccionalidad comunicativa, no están solamente los jóvenes novios gays dando a entender que son lo que son, están también los padres aportando la contundente secreción de las sucesivas y cruzadas invitaciones a compartir la mesa, símbolo por antonomasia de la comensalidad, con todo lo que eso significa.

La mesa ideal: ese singular artefacto que posibilita la visión y la audición, la cercanía y la distancia, la igualdad y la diferencia; ese actante que une y separa: están todos y todos pueden mirarse a la distancia desde el lugar que ocupan, desde el lugar de cada cual. Y todo ello mientras todos se llevan cosas sabrosas a la boca.

Llegamos así a una paradoja mayor: al mantenimiento de un secreto público por todos los involucrados en las interacciones, una especie de trabajo colaborativo que posibilitó nuestras historias de amor gay cuando ese amor empezaba a decir su nombre.

Por supuesto, sé que no estoy tratando historias de amor gay prototípicas de los años 80 y 90. De hecho, Sergio se refirió que la suya fue una historia “rara para la época”

y a los “amores sin techo” para aludir a que parte importante de la rutina de los noviazgos se desarrollaban bajo la protección del cielo o bajo techos prestados o pagos.

Pero no prototípico también porque para la literatura académica, para no poca militancia y para el sentido común, la familia es vista como una entidad expulsora de las personas con orientaciones sexo-afectivas no-heterosexuales. En consecuencia, estimo que aquí se abre una zona de exploración por demás interesante: el papel de las familias como habilitadoras de esas sexualidades y sus amores.

Y por último, a falta de lo prototípico quizás se nos abra la oportunidad para observar cómo en ese momento en que la narrativa de la salida del closet empezaba a hacerse escuchar, los jóvenes gays de los 80 y los 90 (y por lo que hemos visto también sus padres y madres) se las arreglaban para empezar arrojar al campo de lo visible información útil para que el mundo pudiera, de a poco, hacer inferencias sobre otros modos de estar en el mundo. Y a veces las inferencias permiten que aparezca una referencia. Esa clase de referencia que no encontraron los contemporáneos de Sebrelí, Arias y Savi y que tuvieron a disposición los entrevistados por Marentes.

4. Para continuar

Lo que acabo de escribir es fruto de mi primera reflexión intelectual sobre el amor gay. Tengo dudas acerca del carácter pulido de algunas reflexiones pero me parece que es un buen primer paso, enmarcado en la microsociología. Creo que así como en la actualidad el amor gay saca a la gente del closet, también fue un factor que tuvo esa capacidad (claro que limitada) para las generaciones anteriores de gays. Pero esas generaciones transitaron por momentos sociales, culturales y políticos difícilmente comparables y además, la idea del closet y la conciencia del mismo seguramente hayan sido bastante distintas. Sería interesante, en consecuencia, que futuras investigaciones retraten a fondo esos amores y sus circunstancias.

Bibliografía

Brizuela, Leopoldo 2017: “Agente secreto” en *Suplemento SOY, diario Página 12*, Argentina, 22 de febrero de 2014. Disponible en <https://www.pagina12.com.ar/15115-agente-secreto>

- Gallego Dueñas, Francisco Javier 2013. "Gramáticas del secreto. Sociolingüística y secreto" en *Tonos digital: Revista de estudios filológicos*, n°. 25.
- Goffman, Erving [1963] 1989. *Estigma. La identidad deteriorada*, Buenos Aires, Amorrortu.
- [1959] 2009. *La presentación de la persona en la vida cotidiana*, Buenos Aires, Amorrortu.
- Lacombe, Andrea 2016. "Preferiría no hacerlo" en *Suplemento SOY, diario Página 12*, Argentina, 22 de julio de 2016. Disponible en <https://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/soy/1-4654-2016-07-22.html>
- Marentes, Maximiliano 2019 a. "El consumo de la realidad amorosa gay: pensando el amor en situación" en *O público e o privado*, n° 34, Jul/Dez.
- 2019 b. "¿Especificidades en el amor gay? Primeras aproximaciones" en *De prácticas y discursos*, Universidad Nacional del Nordeste, Centro de Estudios Sociales, año 8, n° 12.
- Meccia, Ernesto 2021. "El jardín de los senderos que se acortan. La salida del armario en perspectiva intergeneracional" en *Los últimos homosexuales*, Santa Fe, Ediciones UNL – EUDEBA.
- 2014. "Segundos afuera" en *Suplemento SOY, diario Página 12*, Argentina, 06 de junio de 2014. Disponible en <https://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/soy/1-3469-2014-06-06.html>
- Nietzsche, Friedrich [1882] 2014. *La ciencia jovial*, Barcelona, Gredos.
- Pecheny, Mario 2003. "Identidades discretas", en Arfuch, Leonor (Comp.): *Identidades, sujetos y subjetividades: narrativas de la diferencia*, Buenos Aires, Prometeo.
- Plummer, Ken 1995. *Telling Sexual Stories. Power, Change and Social Worlds*. London: Routledge.
- Savin-Williams, Ritch 2006. *The New Gay Teenager*, Cambridge, Harvard University Press, 2006.
- Sebreli, Juan José 2005. *El tiempo de una vida*. Buenos Aires, Sudamericana.
- Schutz, Alfred [1962] 1974. "El sentido común y la interpretación científica de la acción humana" en *El problema de la realidad social*, Buenos Aires, Amorrortu.

- Simmel, Georg 2014. "El secreto y la sociedad secreta" en *Sociología: estudios sobre las formas de socialización*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Vasilachis de Gialdino, Irene 2017. "Prólogo. Narrativa, creación de teoría y construcción discursiva de la identidad" en Meccia, Ernesto *El tiempo no para. Los últimos homosexuales cuentan la historia*, Santa Fe, Ediciones UNL – EUDEBA.
- Vázquez Parra, Juan Carlos 2021. "Las olas del movimiento LGBTQ+. Una propuesta desde la historiografía" en Revista *Humanidades*, vol. 11, núm. 2, Universidad de Costa Rica.
- Zempleni, Andras 1984. "Secret et sujétion. Pourquoi ses «informateurs» parlent-ils à l'ethnologue?" en *Traverses. Revue du Centre de Création Industrielle* (30-31, mars 84). Centre Georges Pompidou.